

C E S E D E N.

CLAUSEWITZ Y LA GUERRA DE MONTAÑA

- Por D. Miguel ALONSO BAQUER, General de Brigada de Infantería DEM.
- Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos del CESEDEN.

Las ideas de Clausewitz sobre la guerra de montaña aparecen en cuatro ocasiones:

- 1.- En las Notas de "Estrategia" de 1804, un escrito previo a su participación desgraciada en la batalla de Jena.
- 2.- En el Curso sobre la "Pequeña Guerra", dictado entre 1810 y 1811, que precede a su incorporación al ejército del Zar Alejandro.
- 3.- En el Tratado "De la Guerra", cuya redacción primitiva conviene situar, para este tema de la guerra de montaña, hacia 1818 durante su estancia en Coblenza.
- 4.- En el Estudio de la "Campaña" de 1799", a juicio de los mejores investigadores, uno de los últimos trabajos de Clausewitz, seguramente rematado entre 1828 y 1830.

Clausewitz no publicó en vida más que artículos sin firma. El Tratado quedó manuscrito, aunque su viuda, la Condesa María de Bruhl, lo publicó en 1834. No obstante, las aportaciones de los grandes especialistas en Clausewitz permiten una recomposición de todos los fragmentos de una obra muy abundante.

Para la redacción de este artículo, que sólo pretende la presentación de una parte de las ideas de Clausewitz, a mi entender muy significativa, hemos utilizado las lecciones de Karl Schwartz, de H. Delbruck, de W.M. Schering, de W. Halwegh, de R. Aron y de Peter Paret, que son los más grandes de los intérpretes que la obra de Clausewitz ha tenido hasta el momento.

Se da la circunstancia de que las ideas de Clausewitz sobre la guerra de montaña apenas evolucionan desde que en 1804 las formuló por vez primera. Fue en los años que pasó en la Academia Militar de Berlín, bajo la dirección de Scharnhorst, su segundo padre, cuando el joven Clausewitz se atrevió a manifestar con sorprendente energía su pensamiento innovador.

Hay que señalar, pues, desde el principio, que Clausewitz está presentando un saber al que ha tenido acceso por intuición más que desarrollando una reflexión apoyada en la experiencia.

1.- Las Notas de "Estrategia" de 1804.

No es casual la coincidencia de las Notas con la asistencia de Clausewitz al curso de lógica y matemáticas que - un expositor de la filosofía de Kant, Kiesseweter, dictaba tanto para estudiantes de medicina militar como para oficiales de Estado Mayor en la Escuela Superior de Medicina y Cirujía de la Pépinière (Berlín). El rigor lógico que caracterizará la obra de Clausewitz procede de esta experiencia que, naturalmente, no le convirtió en un filósofo sino en un buen razonador.

Es la misma hora en la que nuestro joven oficial de veinticinco años se deja seducir por los dramas de Schiller, el gran romántico, a su vez admirador de los grandes héroes dotados de genio y carisma.

La primera frase del primero de los trabajos de Clausewitz -un encargo de su profesor de estrategia, el coronel Phull es una definición de "cordón".

"Se llama cadena o "cordón" -escribe con solemnidad- a una línea de destacamentos destinados a cerrar el paso a un enemigo de una vez por todas o por un cierto tiempo".

Hay en esta frase una alternativa dialéctica que será inmediatamente seguida de un fulminante juicio de valor de contenido negativo al que nunca renunciará Clausewitz:

"Un "cordón" de destacamentos sirve para proteger, sea un ejército que ha tomado sus cuarteles de invierno a retaguardia, sea una simple porción del territorio. Este último objetivo, totalmente aberrante, hace que la medida sea en sí misma rechazable".

Parece, pues, que las Notas de "Estrategia" no tienen otro objeto que poner de manifiesto un error funesto del -

que sólo Clausewitz se ha dado cuenta. La razón profunda de este juicio negativo sobre el "cordón" es que Clausewitz piensa - que el general en jefe que se deje arrastrar por la natural tendencia hacia la multiplicación de los destacamentos ha perdido todas las posibilidades para eruirse con una espectacular victoria.

La justificación del durísimo juicio de valor contra el despliegue en "cordón" viene, en las Notas, mezclada con elogios del talento de Maquiavelo... "que juzga muy acertadamente sobre las cosas de la guerra" y del saber del historiador Joahnnes Muller, defensor apasionado del "sistema de guerra de los -suizos". Y viene mezclada también de una crítica acerada de los "vanos sofismas de Bulow", el máximo representante de la escuela geométrica de estrategia.

Pienso yo que Clausewitz trata de mostrar cómo dos -hombres de mentalidad civil pueden comprender mejor que un tratadista militar ligero la naturaleza de la defensa en una guerra del débil contra el fuerte, que es exactamente el problema que deberá resolver bien Prusia en su confrontación con Napoleón Bonaparte.

"A mi modo de ver, (fuertemente opuesto a lo que se ha creído hasta el presente), -escribe Clausewitz en la Nota 16, que Raymon Aron comenta con lucidez en la página 88 del Tomo I Clausewitz. Pensar la guerra- una cadena montañosa dificulta una buena defensiva, si se trata de la guerra en grande y no de pequeños -destacamentos, (es decir, con grandes ejércitos -las insurrecciones son una cosa diferente)".

La argumentación de Clausewitz vuelve a ser dialéctica. Clausewitz tiene plena conciencia de estar oponiéndose a la idea más generalizada en su tiempo en una cuestión, a su juicio, grave. Aunque suaviza su léxico en la Nota 17 diciendo del dispositivo en "cordón" que es un mal necesario, no perderá la ocasión para reafirmar en la misma Nota que "el único pensamiento que debe tener el jefe de guerra, incluso en defensiva, es perjudicar al enemigo".

Muy pocos párrafos más adelante, en la Nota 20, aparecerá por vez primera la forma clausewitziana de distinción entre táctica y estrategia que le ha dado justa fama de pensador original:

"La táctica enseña el empleo de las fuerzas armadas en los combates, la estrategia enseña el empleo de los combates en beneficio de la finalidad de la guerra"

Nada, pues, de lo que será importante para Clausewitz en su análisis del fenómeno "guerra" deja de ser incluido en la crítica al fenómeno "cordón". El buen estratega será, exactamente, aquel que renuncie a los modos de conducir las operaciones similares a cuantos han parecido lógicos en guerra de montaña a los tratadistas poco reflexivos. El tono crítico de Clausewitz, como ya nos parece natural en él, se aplicará al instante al análisis del mejor modo de defensa de un país situado detrás de una montaña. Es la Nota 25.

Clausewitz analiza dos casos:

- 1°.- Cuando el defensor se defiende detrás de la montaña para concentrar sus ataques sobre cada una de las columnas enemigas que acaba de atravesarla, que es una solución aceptable.
- 2°.- Cuando el defensor despliega al pié de la línea de - cresta, que le parece la solución más peligrosa.

Estamos ateniéndonos escrupulosamente a la exposición de la doctrina de Clausewitz. No abordamos su crítica. Por ello nos limitaremos a resumir las enseñanzas que Clausewitz considera válidas para los dos casos:

- a).- el jefe de guerra es menos dueño de sus tropas en - montaña que en llano;
- b).- la guerra en la montaña propicia la confrontación entre la capacidad recíproca de las tropas, mucho más que la dialéctica entre los respectivos talentos de los generales en jefe.
- c).- la guerra en la montaña se presta para poner de relieve el superior espíritu de las tropas insurgentes sobre los ejércitos regulares.

Todas las observaciones (posteriores a este trabajo casi juvenil) debidas a la pluma de Clausewitz reincidirán en las tres mismas enseñanzas. Clausewitz, un profesional, quiere dejar claro que la solución más deseable para un ejército en - operaciones sólo vendrá del éxito táctico en la batalla general (una victoria) y del consiguiente triunfo estratégico en la dirección de la guerra (una paz). La preferencia clausewitziana por la batalla campal no tiene sentido si los ejércitos se enzarzan por la posesión de un macizo montañoso. Tal situación,

concluye Clausewitz, será siempre una situación molesta para un buen general.

2.- El Curso sobre la "Pequeña Guerra".

Entre 1810 y 1812, -concluída su suave condición de prisionero en París- Clausewitz recibe el encargo de enseñar - los rudimentos del arte militar al Príncipe heredero de Prusia. Disponemos del texto que, retocado en abril de 1812, Clausewitz remitió a su ilustre discípulo desde Silesia, poco antes de su salida para Rusia.

En este texto, -Punto 7 de la versión francesa de Gaillyard, Ecrits et Lettres- se incluye un párrafo significativo bajo el siguiente rótulo: Sobre el frente de una posición defensiva, todo obstáculo tiene un gran valor.

El rótulo parece sugerir una rectificación del anterior pensamiento de Clausewitz... pero nada más lejos de la realidad. La objeción a la utilización de las montañas para el despliegue de un ejército numeroso reaparece tras una sutil concesión:

"Es la única consideración que aconseja ocupar las montañas donde se le va a detener al adversario".

A esta concesión sigue una larga disquisición sobre lo inclinado de las pendientes y sobre la envergadura de los -obstáculos de aproximación. Todo ello sirve a Clausewitz para -poner de relieve que las alturas abruptas y aisladas, que los desfiladeros profundos y las localidades cercanas a las cumbres no son defendibles más que por tropas muy bravas que sean capaces de hacer la guerra con mucho entusiasmo.

Esta es -escribe el jovencísimo Príncipe- la clave de toda doctrina defensiva:

"Nunca confiarlo todo a las virtudes del terreno. Nunca dejarnos seducir por las virtudes de un terreno que os encierren en una defensa pasiva... porque si el ataque es todavía posible, las ventajas del terreno no pueden jamás compensar los inconvenientes de una defensa pasiva".

En la guerra defensiva -dirá más adelante-, como en la guerra ofensiva, es necesario proseguir un objetivo importante. "La guerra defensiva -añade citando ahora elogiosamente a

un Wellington que todavía no ha ganado la batalla de los Arapi-les-no consiste en esperar los acontecimientos desde la inacción". Y en la misma línea crítica concluye:

"A propósito de la guerra de montaña, una nota general es que todo depende de la habilidad de los subalternos, de los oficiales y más todavía del espíritu general de las tropas. No es necesario maniobrar; es preciso espíritu guerrero y corazón para la tarea porque cada uno queda abandonado a sí mismo, de donde viene que sean sobre todo las milicias nacionales quienes encuentran su papel en la guerra de montaña, porque si ellas no son aptas - para la maniobra, poseen lo demás en muy alto grado".

El futuro Federico Guillermo IV, a quien remite estas observaciones, apenas pasaba de los quince años de edad. No era pues, el verdadero destinatario de ellas, sino el general - Scharnhorst. Para entenderlas hay que recordar que Scharnhorst había encomendado a Clausewitz para la Escuela de Guerra de Berlín la exposición de un Curso sobre la "pequeña guerra" y hay que introducir la noticia de que todo ocurrió al mismo tiempo - que el idealista Fichte, nombrado primer Rector de la Universidad de Berlín, entró en contacto epistolar con su ferviente admirador Clausewitz. Estamos, pues, en la hora en que Clausewitz se sale de los presupuestos kantianos y entra en la órbita del místico creador del Discurso a la nación alemana.

En aquellos dos años decisivos, Clausewitz, enfrentado con el Rey de Prusia, lucha por figurar en una legión prusiana que se destaque a España para dañar a Napoleón y obtiene, por fin, discutible licencia para encaminarse al servicio del zar de Rusia.

Las ideas esenciales del Curso sobre la "pequeña guerra" o "Guerra de Guerrillas" son las siguientes":

- a).- Más importante que la guarda de un territorio es la conservación o reconstrucción de un verdadero ejército.
- b).- Ha llegado el momento decisivo de incitar al pueblo a la guerra insurreccional, por lo tanto, hay que pensar en el armamento del pueblo.
- c).- Conviene evitar la batalla reglada mientras el enemigo siga siendo fuerte. Hay que fatigarle, ganar ventajas morales y seguir una táctica de hostigamiento.

Por esta brecha intelectual -no previsible en 1804- Clausewitz volverá al problema de la guerra en las montañas. Pero no rectificará ninguna de sus ideas anteriores.

De la misma etapa procede su Plan de Preparación de una insurrección popular. La regeneración de Prusia, en la opinión del fitcheano nacionalista que ya es Clausewitz, la ha sintetizado Raymon Aron con esta frase de "la pequeña guerra":

" Mi idea es que se sacrifique enteramente el Estado que no puede defenderse a fin de que se salve el Ejército".

Clausewitz abandonará el servicio del Rey de Prusia por el del Zar Alejandro. Y una vez en Rusia, criticará las doctrinas del ya general Phull, asesor del Zar, al que llama "genio abstracto pero poco eficaz" cuando conozca sus planes a favor de una batalla grande como fue la del río Moscova junto a Borodino.

Las dos especies de guerra -la que aniquila y la que desarma al enemigo, la absoluta y la relativa, la teórica y la real-, nunca estuvieron más al alcance de un Clausewitz propicio a su equivalencia. Pero en Clausewitz reaparecerá su modo de pensar sobre la guerra de montaña -aunque estaba en las estepas rusas- y decidirá que no le ha llegado la hora de rectificar sus ideas básicas. La estrategia que, temporalmente, hay que seguir para derrotar a Napoleón tanto en las estepas rusas como en las montañas de España o del Tirol habrá de empezar por crearle una situación molesta. Pero no es la solución final.

3.- El Tratado "De la guerra".

El Tratado fue empezado a redactar por Clausewitz dos o tres años después de la batalla de Waterloo. Clausewitz, que reflexiona serenamente, tardará bastante en decir su primera palabra sobre las montañas.

Hasta el Libro Tercero, no aparecerá la primera alusión, muy indirecta. Ni en el Libro Primero, "Sobre la naturaleza de la guerra", ni en el Libro Segundo, "Sobre la teoría de la Guerra", -los dos únicos que parece ser fueron revisados en los últimos años de su vida por Clausewitz, el primero totalmente a su gusto y el segundo con reticencias- se contienen citas de la guerra en montaña.

Las reflexiones del Libro Tercero "sobre la estrategia en general" son bastante antiguas -las más antiguas del Tratado. Entrará el tema de la montaña precisamente cuando Clausewitz esté explicando Las principales potencias morales en el Capítulo IV: el talento del jefe, la virtud militar del ejército y el espíritu nacional de las tropas. Clausewitz, con otras palabras, dice exactamente lo mismo que en 1804:

"El espíritu nacional de las tropas (entusiasmo, fervor, fanatismo, creencias, opiniones) se manifiesta eficazísimo en las guerras de montaña, donde cada uno, hasta los soldados aislados debe obrar por sí. Por eso las comarcas montañosas son los mejores teatros de lucha para los levantamientos populares".

Clausewitz repite, entonces, que las masas sólo actúan como si fueran un solo bloque y son dueñas de la superioridad en las llanuras despejadas. Vuelve a menospreciar la función del talento del jefe en los terrenos abruptos:

"En terreno montañoso no puede mandar bien los grupos aislados y la dirección del conjunto es superior a sus fuerzas; en las llanuras despejadas la dirección es sencilla y no agotará los recursos de su inteligencia".

El tema de la montaña en el Tratado no reaparecerá hasta el Capítulo XIII. Reserva estratégica, un capítulo donde Clausewitz hace constar de nuevo que su opinión es contraria a la de los teóricos de su tiempo:

"Sabido es que se emplea constantemente en la defensiva en general y especialmente en la defensa de ciertos accidentes del terreno, como ríos, montañas, etc..."

Un Clausewitz quijotesco o cervantino, rematará su dura condenación de las reservas estratégicas "tanto más superflúas, inútiles y peligrosas cuanto más general sea la misión que se les asigne" con estas palabras:

"Hemos declarado errónea la idea de una reserva estratégica - que no coopere a la decisión principal... Después de tales ejemplos -añade- no se nos tachará de haber querido combatir a molinos de viento".

Lo que Clausewitz quiere decir sobre la guerra de montaña -para él es siempre la guerra en las montañas- se lo reserva para los Libros Quinto "Las Fuerzas Armadas", Sexto, "De la Defensiva" y Séptimo "De la Ofensiva", los más clásicos del Tra-

tado. Pero en los tres practicaré el mismo tono de crítica a las obviedades de los tratadistas contemporáneos.

En el Capítulo XVIII del Libro Quinto, El dominio del terreno, nos recuerda que "podríamos deducir, en consecuencia, que la defensiva tiene una ventaja importante en posiciones de montaña. Pero -alerta al lector... "en el capítulo dedicado a la defensa en montaña veremos por qué, a causa de otras circunstancias, esto no es así en realidad.

"El punto fundamental a considerar es el valor comparativo de las fuerzas enfrentadas y la capacidad de sus respectivos jefes y que la parte que el terreno juega en esto tiene siempre un valor secundario".

Son las últimas palabras del Libro Quinto. Son pues, como las iniciales de cada capítulo, aquellas en las que Clausewitz pone mayor énfasis.

El Capítulo XV del Libro Sexto, Defensa de las montañas nos confirma el aserto anterior. Contiene la exposición más coherente y equilibrada de sus ideas estratégicas sobre este tipo de guerra.

"Al examinar esta cuestión hemos llegado a resultados que, en ciertos aspectos, se encuentran en oposición con la opinión general; estamos en consecuencia obligados a entrar algunas veces en muchos razonamientos y demostraciones".

Los razonamientos y demostraciones llenarán muchas páginas de los dos Libros, Sexto y Séptimo, siempre sobre un quicio inamovible: la montaña sólo es útil para una defensa relativa o temporal.

"En las montañas todo movimiento es lento y difícil.. desde el instante en que el defensor deba emplear también el movimiento, esta ventaja desaparece".

"En el capítulo precedente -escribe en el XVI- hemos demostrado cómo el terreno de las montañas es desfavorable para el defensor en la batalla decisiva y cómo es, por consiguiente, ventajoso - para el agresor. Este resultado contrasta con la común opinión".

La protesta contra la común opinión que Clausewitz hace desde Coblenza en 1818 la había anunciado quince años atrás en Berlín, antes de su participación en las campañas de Jena, Borodino y Waterloo. La protesta no era fruto de una reflexión

a posteriori de la experiencia sino de una intuición a priori, aunque Clausewitz crea todo lo contrario en sus referencias a la autoridad del Archiduque Carlos de Austria.

"En cada batalla perdida por el defensor en las montañas, esta misma opinión ve al momento una consecuencia de ese inconcebible error del sistema de los "cordones", sin comprender que en las montañas la fuerza de las circunstancias conduce inevitablemente a la aplicación de este sistema"... "No dudamos -concluye- de ningún modo, en ponernos en oposición franca con respecto a semejante opinión".

Aquí Clausewitz realiza una finta poco frecuente en él -la apelación elogiosa a un testimonio vivo de actualidad:

"Con gran satisfacción nuestra hemos encontrado confirmado nuestro aserto por un autor cuya opinión debe, bajo más de un aspecto, pesar mucho en esta cuestión. Es el archiduque Carlos que la expresa en una obra sobre las campañas de 1796 y de 1797. Ahora bien, él es, a la vez, un buen historiador, un buen crítico y, sobre todo, un buen general".

Nuestro teórico prusiano -que quiso ser buen historiador, buen crítico y buen general- en la última etapa de su vida se tornará más exigente con el Archiduque al narrar analíticamente su comportamiento en la campaña de 1799; pero las censuras las escribirá años más tarde de haber formulado en el Tratado - con admirable rigor su teoría sobre la guerra en las montañas, que nos vamos a permitir reproducir en los tres párrafos esenciales.

- a).- "Nosotros pretendemos y creemos haberlo demostrado, que - tanto en Táctica como en Estrategia las montañas en general son desfavorables para la defensa; pero al decir esto hablamos de la batalla decisiva, cuyo resultado implica la conservación o la pérdida del país. Las montañas limitan - la vista y dificultan los movimientos en todos los sentidos; conducen a una actitud pasiva y obligan a tapar cada salida, de donde se deriva, más o menos la guerra de "cordón". Se debe, pues, en lo posible, evitar las montañas - con el grueso de las fuerzas, dejándolas al lado, por delante o por detrás".
- b).- "Al contrario, creemos que para los objetivos y las empresas secundarias el terreno montañoso contiene un principio fortificante... consideramos las montañas como refugio del

débil, es decir, de aquel que no debe buscar una solución absoluta. Esta prerrogativa que las empresas secundarias - poseen en las montañas excluye por segunda vez las fuerzas principales".

- c).- "Nosotros no decimos que España sería más fuerte sin los Pirineos, pero pretendemos que un ejército español que se sienta bastante fuerte para intentar una batalla decisiva hará mejor en concentrarse con una posición detrás del Ebro que en repartirse entre los quince desfiladeros de los Pirineos. Ahora bien, este aserto no supone en forma alguna negación de la influencia de los Pirineos sobre la guerra...". "La resolución de aceptar la batalla decisiva en la llanura no excluye en forma alguna una defensa que es también muy aconsejable cuando estas montañas constituyen macizos como los Alpes".

La exposición de Clausewitz, se corona con el más enérgico juicio de valor salido de su pluma. Es una opinión que se formula como un verdadero juicio de responsabilidades.

"Un general que se deja batir ocupando una extensa línea en las montañas merecè ser llevado ante un Consejo de Guerra".

Son las últimas palabras del Capítulo XVII del Libro Sexto del Tratado. Se prolongan en el Capítulo XI. Ataque de las montañas del Libro Séptimo "De la Ofensiva" con este argumento de fondo historicista:

"En toda la Historia Militar no encontramos otros ejemplares de combates decisivos en las montañas que en el período de las guerras de la revolución".

Con síntesis de las ideas hasta aquí expuesta, hay que concluir que Clausewitz sigue eliminando a la guerra de montaña del ámbito de sus grandes cosmovisiones sobre el concepto absoluto de la guerra. Esta cosmovisión casi hegeliana acerca de lo absoluto es la clave interpretativa del último Libro del Tratado. Octavo "Plan de guerra", que conviene leer antes que el Libro Primero "Sobre la naturaleza de la guerra", porque es en la conjunción de ambos donde brilla el Clausewitz de los filósofos, -un Clausewitz que en esos dos libros excluye enérgicamente a la "pequeña guerra" o "guerra de guerrillas" de todo comentario.

Porque, en definitiva, la teoría clausewitziana sobre la guerra de montaña es el contrapunto de su teoría sobre la guerra. Siguiendo a Hegel, -curiosamente muerto en los mismos días y de la misma epidemia de cólera que Clausewitz en 1831- si el concepto absoluto de "guerra" es la tesis, la "guerra en las montañas" es la antítesis.

4.- El Estudio de la Campaña de 1799.

Ha mostrado con acierto Peter Paret en Clausewitz y el Estado página 444 de la versión española que Clausewitz, -tras la derrota de Napoleón, dejó de ocuparse de las doctrinas políticas y volvió a los análisis detenidos y detallados de los acontecimientos militares.

"La más larga de sus obras históricas -dice Paret- la historia de la campaña de 1799 en Italia, tiene una extensión de casi - 950 páginas".

El investigador británico se refiere a la obra "La campaña de 1799 en Italia y Suiza" que debió de radactarse entre 1828 y 1829, inmediatamente después del estudio algo más breve de la campaña de 1796 en Italia e inmediatamente antes del aún más breve de la campaña de 1815 en Francia que culminó en Waterloo con el derrumbamiento de Bonaparte.

En estos tres estudios, Clausewitz incluye cuanto la guerra real le muestra como distinto y contrario al concepto de guerra absoluta. La idea clausewitziana de fricción, naturalmente, le devuelve a la primitiva intuición de sus Notas de "Estrategia" de 1804, en cuanto se acerca a las operaciones vividas por él mismo y a las contadas por otros. Esta dedicación a la campaña de 1799 en Italia y Suiza explica su frustración más viva - porque nunca tuvo, como el Archiduque Carlos, la fortuna de operar en terreno montañoso para poner a prueba su primitiva intuición.

En una obra al borde de ser la póstuma de su prolífica escritura se enfrenta con la praxis del Archiduque, a quien también había elogiado por sus decisiones en la gran batalla de Wagram frente a Napoleón, y le retira la confianza que le había - dado en el Tratado:

"... en primer lugar, carece de espíritu de empresa y de hambre de victoria. En segundo lugar... aunque, en general su juicio es acertado, en conjunto tiene una idea de la estrategia completamente falsa: toma los medios por el fin y el fin por los medios.. Dentro de sus conceptos la destrucción no existe como una tarea aislada. Para él el éxito consiste simplemente en ocupar ciertas posiciones y zonas... en las batallas que ganó sus oponentes nunca perdieron un número importante de posiciones y cañones... el archiduque nunca menciona en su relato las pérdidas causadas al enemigo en batalla alguna".

La crítica de Clausewitz se refiere a que el Archiduque no tiene su idea sobre guerra absoluta y por lo tanto, no sabe oponerla al concepto de guerra relativa que se expresa en la guerra de montaña. El Archiduque defrauda a Clausewitz, como primer teórico reconocido en este tipo de guerra.

Las tres nociones más polémicas de la teoría clausewitziana -la fortaleza de la defensiva, la inutilidad de la reserva estratégica y lo aberrante de las posiciones en "cordón"-son buscadas en la conducta del Archiduque, a juicio de Clausewitz, en vano:

"La mayoría de las guerras bien llevadas del pasado fueron libradas en base a las convicciones subjetivas de los comandantes", -escribe.

"Las fuerzas austriacas no destrozaron a las francesas, que se defendían en las montañas, porque éstas estaban poseídas por el espíritu de una tropa revolucionaria", -concluye explicando así la parquedad de los resultados de los movimientos del Archiduque.

Como vemos, Clausewitz no se mueve ni un ápice de su primitiva intuición. Y en ocasiones parece que le hubiera gustado no tener toda la razón. El Archiduque se le revela como la culminación de las teorías del siglo XVIII, que Clausewitz considera caducadas por el hecho de Revolución.